



# ***DIRECCION NACIONAL***

## ***Documentos***



Ciudad de México; 16 de noviembre de 2024

## **A UN JOVEN SOCIALISTA MEXICANO**

Vicente Lombardo Toledano\*

Publicado en **La Juventud en el Mundo y en México**. Ediciones de la Juventud Popular Socialista, México, D. F., 1980.

Me place dirigirme a un joven que quiere contribuir, con su pensamiento y su acción, a transformar el mundo, porque no hay tarea más hermosa ni más alta.

Construir un mundo mejor, hacer de la vida una ocupación creadora de nuevos valores que liquide las privaciones, la injusticia, la ignorancia y los prejuicios que engendró el régimen capitalista, hegemónico sobre el escenario de la Tierra hasta hace medio siglo, para facilitar su desarrollo y dominar a todos los pueblos es, sin duda, una de las obras supremas de la historia.

La transformación de la sociedad humana es una actividad eminentemente política. Por eso quienes luchan por el advenimiento del socialismo —el único régimen social posible después del sistema capitalista— deben tener la idea clara de que su profesión es la política. Para algunos elementos de la joven generación parecerá extraño, quizá, que pueda ser considerada la política como una profesión al lado de las otras, las de ingeniero, químico, médico, abogado, economista, arquitecto o maestro en cualquier nivel de la enseñanza. Pero es una profesión porque absorbe todas las energías de que es capaz un individuo, y porque requiere conocimientos que sólo el estudio sistemático de la comunidad humana puede darle.

La política es una profesión científica. ¿Por qué científica? Porque la sociedad forma parte de la naturaleza y ésta se rige por leyes que constituyen el objeto de las diversas disciplinas del saber, sin las cuales no se podría utilizar el mundo que nos rodea. Sería inadmisibile, por irracional o ilógico, creer que sólo una parte de la naturaleza está sujeta a leyes, y que la otra parte, la sociedad humana, es un acontecer sin normas. Tal suposición equivaldría a admitir el caos como parte integrante del orden universal.

La ciencia es una sola, porque la naturaleza —el universo al que pertenece nuestro sistema solar y, por tanto, el planeta que habitamos— es indivisible y única. Si hay diversas ramas científicas es para facilitar la investigación y el conocimiento; pero todo cuanto existe es un proceso compuesto de hechos, de fenómenos con formas y características propias del mismo contenido sustancial.

La política es la ciencia dedicada a dirigir a la sociedad. Requiere el conocimiento de las aportaciones que han hecho otras disciplinas que se refieren a los problemas humanos: la biología, la sicología, la geografía, la historia, la antropología, la economía política, el derecho, la religión, la arquitectura y el arte, cuyo remate es la filosofía, síntesis de la cultura universal y arma suprema para el logro del cambio progresivo de la sociedad humana.

No concebir la política así, como una teoría de la dirección y de las transformaciones de la sociedad, y como una práctica al mismo tiempo, es rebajarla al nivel de la especulación intrascendente o de la acción ciega expuesta a constantes reveses. Es posible, por supuesto, dedicarse al conocimiento de la evolución de la sociedad para fines reducidos de la erudición; pero entonces la política pierde su principal meta que es el

cambio de las relaciones humanas. También se puede actuar sin base doctrinaria; pero en este caso el papel de la política se anula como ciencia, como factor que planea la edificación de un mundo nuevo.

Por eso decía Lenin que no puede haber acción revolucionaria sin una teoría revolucionaria. ¿Cuál puede ser esta teoría? ¿La que cada persona, organización o partido formule? No, porque no hay ciencia de lo particular como tal. Como todas las ciencias, la política es ciencia de lo general, conjunto de principios que se desprenden de acontecimientos que se producen independientemente del querer o de la voluntad de los hombres, y que, por su similitud y repetición en determinadas circunstancias o en toda una época, alcanzan el valor de leyes de la evolución histórica.

¿Cuál es la doctrina que sirve de base a la política, a la ciencia de planear y conducir el proceso de la sociedad? No puede ser otra, en sus principios generales, que la doctrina sobre el universo, el mundo y la vida.

Desde el principio del discurrir sistemático, creado por la civilización griega, cuna del racionalismo, cuatro corrientes caracterizan la filosofía: el idealismo, el materialismo, la metafísica y la dialéctica.

El idealismo resuelve el problema fundamental de la filosofía — el de la relación entre el pensamiento y el ser— haciendo del espíritu el dato primario. Considera al mundo como una encarnación del “espíritu universal”, de la “idea absoluta”. Sólo la conciencia tiene existencia real. El mundo material, el ser, la naturaleza, es el producto de la conciencia, de las sensaciones, de las representaciones, de los conceptos.

Hay distintas escuelas de la filosofía idealista; pero dos son las más importantes: el idealismo subjetivo y el idealismo llamado objetivo. Aquél coloca, en la base de todo lo que existe, la sensación, la representación, la conciencia del sujeto. Para el idealismo objetivo la base de todo está constituida no por la conciencia individual subjetiva, sino por una conciencia objetiva y mística, por la conciencia en general, por el espíritu o la voluntad universal que se haya fuera del hombre. Platón es el pensador más representativo de esta doctrina.

Prevaleció el idealismo clásico durante la Edad Media entre los que hicieron de la religión la base principal del conocimiento y el móvil de la conducta. Cuando la burguesía hace su aparición en el escenario de la historia, tiene sus más altos representantes en la filosofía de Berkeley y de Hume. En el siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, el idealismo está representado por Kant, Fichte, Schelling y Hegel. Y en la etapa moderna, la del imperialismo, por Mach y Avenarius.

La doctrina materialista, contrariamente al idealismo, considera a la materia como dato primario, y a la conciencia, al pensamiento, como dato secundario. Nació en los países del Oriente antiguo, en Babilonia, Egipto, la India y China. A fines del siglo VII y a principios del VI anteriores a nuestra era, en la época de la formación de las ciudades griegas, se desarrolló vigorosamente. Sus representantes más valiosos fueron los filósofos de la escuela de Mileto: Tales, Anaximandro y Anaxímenes; más tarde, Anaxágoras, Empédocles, Demócrito, Epicuro y Lucrecio.

En la etapa dominada por la corriente idealista el filósofo Occam sólo consiguió abrir la controversia entre idealistas y materialistas. Pero el Renacimiento, que fue, ante todo, una

revolución ideológica, no sólo robusteció la teoría materialista, sino que, con la libertad de investigación, impulsó los conocimientos científicos. Copérnico postuló el sistema heliocéntrico, que echó por tierra la tesis secular que consideraba al planeta que habitamos como centro del universo. Pero fue Francis Bacon, enemigo de la escolástica y defensor del conocimiento experimental, el fundador del materialismo moderno. Gassendi, Spinoza, Locke, Toland, hacen avanzar la doctrina materialista de un modo considerable, y los filósofos e investigadores partidarios de la ciencia la elevan a un alto nivel, como La Mettrie, Holbach, Diderot y Helvecio.

En el siglo XVIII, Lomonosov amplía el horizonte de la investigación y, por tanto, hace de la teoría materialista una tesis vigorosa. En la siguiente centuria, Belinsky, Hersen, Chernichevski y Dobroliuvov contribuyen a ella con nuevas aportaciones, hasta que llega a Ludwig Feuerbach y, finalmente, a Marx y a Engels.

Tanto el idealismo como el materialismo se refieren a la esencia del universo, del mundo y de la vida. En cuanto al método para abordar los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, la filosofía se divide en metafísica y dialéctica, éstas tan antiguas como el idealismo y el materialismo.

Para la metafísica, los objetos y sus imágenes en el pensamiento, los conceptos constituyen fenómenos aislados, fijos, inmóviles, enfocados uno tras de otro como algo perenne. Para la dialéctica, por el contrario, el método para conocer y utilizar los hechos de la naturaleza y de la sociedad humana, se apoya en la tesis de que todo es un fluir, un constante cambio. El griego Heráclito formuló esta opinión en sus principales rasgos. Y después, con limitaciones, Aristóteles, cuya teoría

deformada habría de dominar la filosofía de la parte final del mundo antiguo y de los siglos de la Edad Media.

A semejanza de lo que aconteció con el idealismo, el progreso de las ciencias de la naturaleza asestó rudos golpes a la metafísica. Kant fue autor de la teoría natural del cielo. Lomonosov de la ley de la conservación de la materia y del movimiento, de la evolución de la Tierra. Hegel formuló la tesis del desarrollo dialéctico, que desempeñó un papel trascendental en el progreso del método científico. El mundo histórico y espiritual por entero, afirma, es un solo proceso de movimiento, cambio, desarrollo y transformación continuos. Las contradicciones internas de lo que pensamos y observamos constituyen la fuente principal de este automovimiento.

Marx y Engels asocian, por primera vez en la historia de las ideas, la doctrina materialista y el método dialéctico. Todo lo creado por la filosofía fue revisado por ellos con espíritu crítico. Tomaron de Hegel su médula racional —la doctrina del desarrollo—, desechando su corteza idealista e impulsaron la dialéctica imprimiéndole un carácter científico nuevo. Se sirvieron también de Feuerbach, de su tesis sobre la relación material entre el pensamiento y el ser, y la despojaron de sus superposiciones idealistas, la religión y su ética, creando una forma superior del materialismo.

Hasta antes de Marx y Engels la filosofía sirvió exclusivamente a las clases sociales dominantes según su época: a los propietarios de esclavos, a los patricios, a los señores feudales, a los aristócratas y a la burguesía. Al surgir la doctrina del materialismo dialéctico, la clase obrera adquirió con ella su propia filosofía no sólo por su afirmación de la unidad del universo, del mundo y de la vida en constante cambio producido por las contradicciones inherentes a la materia, que

explica y postula la renovación de la sociedad, sino también porque, como afirmó Marx, las escuelas de la filosofía tradicional han servido sólo para intentar el conocimiento de la realidad, cuando lo que más importa es transformarla.

Pero, ¿qué entiende por materia la doctrina filosófica del materialismo? No el concepto vulgar que sobre ella se tiene. La materia es el substrato de lo que constituye el mundo exterior al hombre, desde los objetos inanimados hasta las formas más fluidas de lo que existe; desde las innumerables galaxias del firmamento hasta los cuerpos dotados de vida, y también de su mundo interior; desde las manifestaciones primarias de su existencia biológica hasta su espíritu, que es el reflejo de la naturaleza sobre su pensamiento. Todo es materia, aunque no se palpen por igual las formas que adopta. Esto significa que la materia no ocupa un lugar en el espacio, como creían los antiguos, sino que el espacio y la materia son la misma entidad. Porque no hay espacio sin materia ni materia sin espacio. La materia no se halla en un recipiente vacío. No existen huecos entre los cuerpos celestes ni contingencias en los fenómenos naturales, que autoricen a sostener que entre unos y otros deben buscarse fuerzas no materiales para poderlos comprender. Otra explicación sería la de dividir lo que hay fuera y dentro del ser humano en dos partes cualitativamente distintas: lo natural y lo sobrenatural. Pero esta clasificación corresponde al período en que el hombre, por su ignorancia, atribuía a seres infinitamente superiores a él, con atributos semejantes a los suyos, el gobierno del mundo. Sin embargo, el conocimiento ha alcanzado tales progresos que hoy nadie se atrevería, con sentido de responsabilidad científica, a afirmar lo que imaginaba la infancia de la humanidad.

Y la materia, ¿permanece la misma? ¿No se mueve? ¿No se transforma? Así como no hay espacio sin materia, no hay

materia sin movimiento. A este respecto también existe un concepto vulgar del movimiento, que consiste en admitirlo exclusivamente como el cambio de una cosa de un lugar a otro. Es la concepción del movimiento mecánico elemental; pero el movimiento tiene expresiones innumerables, desde la traslación de los cuerpos hasta las vibraciones imperceptibles para los sentidos; desde las transformaciones que se realizan en el macrocosmos hasta los que se operan en el seno del átomo; desde las corrientes eléctricas susceptibles de medición hasta los fenómenos del magnetismo, que se empiezan a precisar; desde las funciones biológicas conocidas del ser humano, semejantes a las de los otros individuos dotados de vida, hasta los fenómenos complejos de su actividad nerviosa superior de la cual sabemos sólo una parte. El movimiento es la razón de ser de la materia.

Pero el movimiento no ocurre como impulso uniforme, como fenómeno puramente cuantitativo. La lógica —la ciencia de las formas del pensamiento— se basaba, desde Aristóteles hasta hace unas décadas, en axiomas, en reglas tenidas por verdaderas, porque se decía que sin ellas es imposible el conocimiento: el principio de identidad, el principio de contradicción y el principio de exclusión del medio. El principio de identidad se expresa diciendo que A es igual a A, que las cosas son siempre las mismas en cualquier circunstancia, porque si cambian dejarían de ser lo que son. El principio de contradicción afirma que las cosas no pueden ser y dejar de ser al mismo tiempo. Y el de exclusión del medio, que no hay posición intermedia entre el ser y el no-ser. Sin embargo, esos son los axiomas de la lógica para un mundo inmóvil, no de la lógica de la realidad.

En la naturaleza sucede lo opuesto a las normas de la antigua lógica. Todo es y está dejando de ser lo que es. A es A y no A al

mismo tiempo. La contradicción es el motor del movimiento y, en consecuencia, la ley fundamental de la materia, que pasa de la afirmación a la negación y de la negación a la negación de la negación, de la tesis a la antítesis y a la síntesis, que es un hecho nuevo, distinto a las premisas que lo hicieron posible. El movimiento es el cambio de lo cuantitativo a lo cualitativo, que se produce en forma de saltos, lo mismo en el seno del cosmos que en el proceso histórico de la sociedad humana.

Como se ve, el materialismo dialéctico, la filosofía creada por Marx y Engels, no brotó un buen día de sus cabezas o de su inspiración. Es la suma de los conocimientos logrados por la civilización y la cultura a lo largo de los siglos. Sus adversarios, los idealistas y los metafísicos, no han podido invalidarla ni podrán hacerlo nunca porque cada descubrimiento, en cualquiera de las ramas del saber, la confirma. Es cierto que las leyes de la naturaleza constituyen verdades provisionales en el sentido de que puedan ser rectificadas por otras de mayor validez; pero algunas son ya irrefutables porque son ciertas para hoy y para siempre, como las relativas a la materia, al espacio y al movimiento, con las características señaladas por el materialismo dialéctico.

De todo lo dicho se colige que los jóvenes partidarios del socialismo no pueden emprender su lucha impulsados sólo por su intuición, porque caerían en el idealismo, que lleva a la improvisación o a la aventura. No la pueden confiar tampoco en el cambio inevitable y fatal de la sociedad, porque caerían en la tesis del desarrollo mecánico, exclusivamente cuantitativo, dentro del cual la intervención del hombre es casi nula. Lo grandioso del materialismo dialéctico estriba en que es una doctrina del mundo y de la vida con una concepción verdaderamente científica de la materia y del movimiento, que los filósofos y los investigadores del pasado no estaban en

aptitud de alcanzar. El materialismo dialéctico sitúa al hombre en el centro del mundo no como un ser pasivo, sino activo, como un ser creado por el proceso de la naturaleza; pero también como un creador de ella, por la interacción que existe entre el ser y el pensamiento.

La aplicación de la filosofía del materialismo dialéctico a la sociedad humana constituye la doctrina del materialismo histórico, de la disciplina que concierne al proceso de la humanidad, y sirve a la clase obrera para que pueda llegar al poder y realizar el cambio del capitalismo al socialismo.

El materialismo histórico es la concepción materialista de la historia. Hasta antes de Marx dominaba la concepción idealista de la historia. En el discurso que pronunció Engels ante la tumba de Marx, dijo que, así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho sencillo de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse, antes que hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera, y que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos, materiales y, por consiguiente, el estadio del desarrollo económico en que un pueblo se halle o el de una época, constituye el basamento sobre el cual se forman las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas, e incluso los sentimientos religiosos de los hombres, y de acuerdo con el cual debe explicarse el proceso histórico y no al revés, como hasta entonces se había hecho.

En consecuencia, son los modos de producción de los bienes materiales necesarios a la existencia del hombre los que determinan toda la vida social y condicionan el paso de un régimen social a otro. Cuanto mayor es el nivel de las fuerzas productivas mayor es el dominio del hombre sobre la

naturaleza. Pero hay que tener en cuenta las relaciones humanas que crea el modo de la producción económica en cada momento histórico, la forma en que el valor de la producción se distribuye entre los factores que han contribuido a ella.

Marx expuso la esencia del materialismo histórico en el prólogo de su obra *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. En la producción de su vida, dijo, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es sino la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción, y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en pocas palabras, las formas

ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización.

Esta tesis sobre el materialismo histórico forma la sustancia de la política como ciencia. De ella se desprenden las leyes que rigen la sociedad en sus diversas etapas y, por consiguiente, la sociedad capitalista moderna, su movimiento, sus contradicciones internas y sus perspectivas. ¿Cuáles son estas contradicciones? ¿En qué momento dan origen al salto de lo cuantitativo a lo cualitativo, a la revolución? ¿Qué papel desempeñan las instituciones, las ideas que forman la superestructura antes de la crisis, durante ella y después de ella? ¿Qué fuerzas pueden y deben dirigir el cambio de la sociedad capitalista a la sociedad socialista? Estas y otras preguntas se hallan implícitas en la doctrina del materialismo histórico; pero no se busquen en sus postulados respuestas para los problemas sociales concretos a la manera de un recetario, porque, como el mismo Marx decía, la doctrina del

materialismo histórico no es un sistema cerrado, concluido, sino sólo una guía para la acción.

Lo que caracteriza al régimen capitalista es la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción; es decir: entre la forma de producción de los bienes que sustentan a la sociedad y la manera en que esos bienes se distribuyen. El problema, expuesto de un modo esquemático, es el siguiente: el obrero trabaja para el capitalista o patrón vendiéndole su fuerza de trabajo, por regla general, por debajo de su valor. La clase capitalista se apropia de la diferencia que hay entre el valor de la mercancía o servicio producido por los obreros, manuales e intelectuales, y el salario que reciben. A esta diferencia se le llama plusvalía y constituye la fuente principal de los ingresos, utilidades o ganancias del capitalista. El empleo de las máquinas y el desarrollo de las fuerzas productivas son medios para elevar la plusvalía. La contradicción que ésta representa, es el factor principal de la lucha de clases, que se agudiza con el correr del tiempo porque con los adelantos de la ciencia y el progreso ininterrumpido de la técnica la producción y los servicios se han convertido en una actividad cada vez más social, al participar en ellos la mayoría de los hombres y mujeres aptos para el trabajo.

Por el sistema de producción capitalista el trabajo se convierte en una mercancía, y el hombre en un alienado, en un objeto de la oferta y la demanda, en un ser que no disfruta de libertad para decidir el curso de su vida, ni tiene acceso a los beneficios de la civilización y de la cultura. El régimen del salariado lo condena a vivir con todo género de privaciones y en lucha permanente para aumentar la retribución de su esfuerzo. ¿Cuál es la solución? Ir a la causa del sistema, a la propiedad de los medios de producción. Porque la plusvalía es posible por la apropiación privada de la tierra, los bosques, las aguas, el

subsuelo, las materias primas, y los instrumentos para producir, como las máquinas y las herramientas, y por la apropiación del dinero y del crédito. Si la propiedad de los medios de producción deja de ser propiedad privada y se transforma en propiedad social, de toda la sociedad, el producto del trabajo, que constituye la riqueza de un país, se podrá distribuir de un modo justo y desaparecerán la plusvalía, en su forma actual, y la lucha de clases.

El socialismo no se propone acabar con el capital, sino con el capitalismo. Tampoco trata de suprimir la producción, sino los beneficiarios particulares de la producción. ¿Cómo proceder? Hasta antes de Marx el socialismo era utópico, porque no se apoyaba en leyes sociales objetivas. Sus mayores exponentes — Moro, Campanella, Saint-Simon, Fourier, Owen y otros— examinaron a fondo la estructura del sistema capitalista, reconocieron la lucha de clases y otras de las características del régimen de la propiedad privada; pero no descubrieron el camino para el establecimiento del socialismo. Correspondió a Marx señalarlo. La única clase social, afirmó, que tiene interés vital en substituir el capitalismo por el socialismo, es la clase obrera, la clase social revolucionaria por excelencia, porque nada tiene que perder sino sus cadenas. Debe proponerse la toma del poder e imponer su dictadura, como la burguesía impuso la suya al asumir la dirección del Estado. Sin la dictadura del proletariado no es posible liquidar la propiedad privada de los medios de producción y del cambio, y transformarla en propiedad social. No es posible pasar del capitalismo al socialismo.

¿Cómo ha de proceder el proletariado? Asociando a su propósito a sus aliados naturales: los campesinos, los demás trabajadores manuales y los intelectuales, ganando su confianza y convirtiéndose en su vanguardia a través de un partido, el

partido de la clase trabajadora. Un partido político armado con la doctrina del socialismo científico, que descansa en la filosofía del materialismo dialéctico y en las tesis del materialismo histórico, porque las organizaciones de masas, como los sindicatos obreros y las agrupaciones rurales, son organismos de frente único, constituidos para lograr principalmente un mejor nivel de vida de quienes los integran, independientemente de las ideas, y de las creencias que sustenten.

Para los fines del paso del capitalismo al socialismo la contribución de Marx consistió, fundamentalmente, en esas dos ideas: el advenimiento de la clase obrera en el poder y la dictadura del proletariado. Por clase obrera hay que entender no sólo a los obreros de la industria, sino a los trabajadores de las diversas actividades que producen los bienes materiales y espirituales de los que vive la sociedad, y por dictadura del proletariado la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y no la tiranía política, sino la dirección de la sociedad, a través de los diversos órganos del Estado, de acuerdo con la concepción que la clase trabajadora tiene de la vida social, reemplazando las relaciones de producción creadas por el capitalismo, las relaciones sociales basadas en la explotación del hombre por el hombre, por vínculos y estímulos de fraternidad al desaparecer las clases antagónicas.

En octubre de 1917 el socialismo dejó de ser sólo una perspectiva para convertirse en realidad. Por primera vez en la historia la clase obrera llegó al poder en Rusia y empezó a construir el primer Estado socialista, bajo la dirección del partido creado por Lenin, el Partido Comunista (bolchevique). Al concluir la segunda guerra mundial, otros países abolieron el sistema capitalista de producción e iniciaron la edificación del socialismo en Europa y en Asia. Más tarde, en Cuba, en 1959, la

revolución popular, democrática y antimperialista, se transformó en socialista. Existen ya, en consecuencia, dos mundos, dos regímenes mundiales de producción: el capitalista y el socialista.

Ciertos jóvenes mexicanos partidarios del socialismo se preguntan con ansiedad: ¿y cuándo se va a establecer el socialismo en nuestro país? Y los más impacientes dicen: ¿por qué no ahora, para qué esperar? Esta inquietud, muy explicable, es legítima cuando la inspira la buena fe y por eso merece más que una respuesta lacónica algunas reflexiones.

Los jóvenes de hoy, a medio siglo de distancia de la revolución de octubre y de veinte años de las revoluciones de las que surgieron las democracias populares en Europa, sólo tienen la imagen luminosa de la victoria de la clase obrera; pero no del proceso de la revolución, lleno de dramatismo, de sacrificios inmensos, de experiencias positivas y negativas, como crisol hirviente en el que se han templado millones de seres humanos, héroes anónimos que en ningún momento buscaron ni la publicidad ni la gloria. Quizá la obra de Lenin, recordando su vida a grandes rasgos, sirva mejor que cualquier historia o tratado político para apreciar lo que la revolución significa como teoría y como práctica, como unidad de la filosofía y de la lucha, y lo que la política como ciencia y su aplicación a cada momento concreto de la acción tienen de grandioso como productos de la facultad creadora de la voluntad y del pensamiento.

Nace Lenin —Vladimir Ilich— el 22 de abril de 1870. Termina sus estudios universitarios en 1891. Dos años después se convierte en el dirigente de los marxistas de Petersburgo. En 1894 aparece su primera gran obra, Quiénes son los “amigos del pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas, en la que

señala el camino por el que debían marchar la clase obrera y sus aliados los campesinos. En 1895 agrupa a todos los círculos obreros marxistas de Petersburgo en la “Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera”, embrión del partido del proletariado revolucionario de Rusia. Ese mismo año es arrestado; pero desde la cárcel continúa dirigiendo a la “Unión”. En 1897 es deportado a Siberia y ahí termina su importante estudio titulado El desarrollo del capitalismo en Rusia. Vuelve del exilio a principios de 1900; parte para el extranjero y funda el primer periódico marxista —Iskra— para toda Rusia, que contribuyó mucho a la derrota ideológica de los llamados “economistas”, enemigos de la creación de un partido proletariado independiente. En 1902 apareció el libro de Lenin ¿Qué hacer?, en el que estableció los fundamentos teóricos del partido marxista. En 1904 publica un trabajo que tiene por nombre Un paso adelante, dos pasos atrás, que contiene la doctrina completa del partido. En vísperas de la revolución de 1905-1907, Lenin prepara al partido para tomar la dirección del movimiento. En su obra —julio de 1905— Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática, formula la táctica del partido y precisa la relación entre la revolución burguesa y la revolución socialista, planteando la hegemonía del proletariado en su alianza con los elementos semiproletarios y con las masas trabajadoras. Derrotada la revolución, Lenin se ve obligado a emigrar al extranjero en 1907. En 1909 aparece su obra filosófica Materialismo y empiriocriticismo, de importancia capital para la preparación teórica del partido de los “bolcheviques”, porque combate la doctrina del idealismo subjetivo opuesto al materialismo dialéctico y al materialismo histórico. En 1912, en la ciudad de Praga, los bolcheviques se constituyen en partido político. Ese mismo año los obreros de Petersburgo fundan el periódico Pravda como diario legal. Lenin se traslada a Cracovia para

estar más cerca de Rusia; pero lo arrestan y después se establece en Suiza. Durante la primera guerra mundial —1916— escribe su famosa obra imperialismo, fase superior del capitalismo, que descubre la ley del desarrollo desigual del capitalismo en la época del imperialismo y califica al imperialismo de antesala de la revolución socialista. Apoyándose en su teoría sobre el imperialismo llega a la conclusión en sus escritos Acerca de la consigna de los Estados Unidos de Europa (1915) y El programa militar de la revolución proletaria (1916), de que la victoria del socialismo es posible en un país aislado o en un pequeño número de países, y de que la victoria simultánea del socialismo en todos los países o en la mayor parte de los países capitalistas es imposible, y preconiza la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Sus notas, recapitulaciones y fragmentos escritos en ese período formarán sus Cuadernos filosóficos, que constituyen un aporte precioso a la filosofía marxista.

Después de la caída del zarismo en febrero de 1917, Lenin vuelve a Rusia y llega a Petrogrado el 3 de abril. Al día siguiente aparece en la escena con sus célebres Tesis de abril, que desarrollan su programa para pasar de la revolución democráticoburguesa a la revolución socialista bajo la consigna “¡Todo el poder a los Soviets!”, consejos de obreros, campesinos y soldados. El gobierno provisional presidido por Kerenski ordena el arresto de Lenin, quien se ve obligado a pasar a la clandestinidad. Escribe entonces su obra El Estado y la revolución, que desarrolla la tesis de Marx y Engels sobre la dictadura del proletariado y demuestra la necesidad de demoler la maquinaria del Estado burgués para reemplazarla por la república de los soviets. En 1917, habiendo obtenido los bolcheviques la mayoría en los soviets de Petrogrado y de Moscú, el partido lanza de nuevo la consigna “¡Todo el poder a

los soviets!”. En una serie de cartas y artículos dirigidos al comité central y a los comités de Petrogrado y de Moscú del partido, Lenin llama a la insurrección armada y a la toma del poder, ofreciendo un plan concreto de la insurrección.

El 7 de octubre llega Lenin clandestinamente a Petrogrado proveniente de Finlandia. El día 10 el comité central del partido acuerda la insurrección armada. El 25 de octubre (7 de noviembre según el calendario de los países occidentales) estalla la revolución y Lenin la dirige. Al día siguiente, durante la sesión del ii Congreso de los Soviets, Lenin plantea la necesidad de dos decretos: uno sobre la paz y el otro sobre el problema de la tierra. Asume la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo, primer gobierno de obreros y campesinos elegido por el Congreso. Se dedica por entero a la edificación del Estado Soviético y formula el programa para la construcción del socialismo, que se publica con el nombre de Las tareas inmediatas del poder soviético (1918). El 30 de noviembre de ese año Lenin es gravemente herido.

La revolución ha triunfado, pero sólo en su primera fase. Las potencias imperialistas deciden hacer imposible la construcción del régimen socialista. Invaden a Rusia apoyadas por los contrarrevolucionarios del interior. Todo el país se convierte en un campo atrincherado y la vida del Estado naciente se organiza de acuerdo con las necesidades de la guerra. Se crea el Ejército Rojo, que bate a los contrarrevolucionarios y a los intervencionistas. Lenin elabora el nuevo programa del pc (b) de Rusia, que es aprobado por el viii congreso del partido, el cual resuelve también la alianza firme con los campesinos medios. En su trabajo Economía y política en la época de dictadura del proletariado (1919) Lenin examina los problemas de la transición del capitalismo al socialismo.

Terminada la guerra civil, Lenin dirige el trabajo de restauración de la economía nacional, formula el programa de electrificación y redacta el famoso plan para pasar del comunismo de guerra a la nueva política económica (NEP). Preocupado por las desviaciones a las que algunos elementos quieren llevar al partido, entre ellos Trotsky, en la primavera de 1920 Lenin escribe el libro La enfermedad infantil de “izquierdismo” en el comunismo, que es el mejor tratado de estrategia y táctica del leninismo. El 20 de noviembre de 1922, ya muy enfermo, pronuncia en la asamblea plenaria del Soviet de Moscú su último discurso ante el país, que termina con estas palabras proféticas: “de la Rusia de la NEP saldrá la Rusia socialista”.

En 1923, en una serie de artículos de largo alcance, hace Lenin el balance del trabajo cumplido durante los años de la revolución y traza el camino del desarrollo ulterior de la revolución socialista. Elabora un programa científico que comprende la industrialización del país, la reestructuración socialista del campo y la revolución cultural.

El 25 de enero de 1924, muere Lenin en el poblado de Gorki, cerca de Moscú. Con su desaparición termina la segunda fase de la construcción del socialismo en Rusia y comienza la tercera. ¡Cuánto falta por hacer todavía! Pero existe el partido, y Stalin (1879-1953) asume la dirección de su comité central. Lucha Stalin contra los capituladores, contra los enemigos del materialismo dialéctico y del materialismo histórico; aparecen los planes quinquenales para el desarrollo de la economía, la transformación de la agricultura, la industrialización, el impulso a las naciones y a los grupos nacionales dentro del territorio de Rusia, con fuertes supervivencias de la etapa feudal o en el período nomadista; se da estructuración jurídica al Estado soviético, que se expresa en una Constitución de tipo

absolutamente nuevo; se intensifica la educación socialista y la protección resuelta a la investigación científica; la formación de miles de cuadros para la transformación del país; se elabora el programa para dar cima a la edificación socialista y pasar gradualmente del socialismo al comunismo. Aunque entre el socialismo y el comunismo no hay sino diferencias de grado, no se llega al comunismo —que es la fase superior del desarrollo del nuevo régimen, de la formación económicosocial que sustituye al capitalismo—, sino pasando previamente por la fase inferior que es el socialismo. Son dos estadios de un solo modo de producción económica. Su base es la misma: la propiedad social sobre los medios de producción; en contraste con el capitalismo, cuya base es la propiedad privada. En la medida en que las fuerzas productivas se multiplican y la sociedad socialista crece y va alcanzando su madurez en todos los aspectos de la vida colectiva, van desapareciendo las diferencias entre la ciudad y el campo, entre el trabajo físico y el intelectual, y en la forma de distribuir los bienes producidos. En la etapa del socialismo la retribución del trabajo se lleva a cabo de acuerdo con la calidad y la cantidad del esfuerzo realizado. En la etapa del comunismo —que es la etapa de la abundancia de bienes y servicios de todo género— la distribución se realiza según el principio: “de cada uno según su capacidad; a cada uno según sus necesidades”.

Y nuevamente las obras doctrinarias del socialismo científico son aplicadas a la Unión Soviética al lado del ajuste de la línea estratégica y táctica. Los trabajos teóricos de Stalin contienen errores, lo mismo que su labor al frente del Estado y del partido en la última parte de su vida. Pero de la vieja Rusia, el país capitalista más atrasado de Europa con problemas tremendos por la falta del crecimiento de sus fuerzas productivas, por sus masas rurales miserables, ignorantes y fanáticas, por su escasa

industria, sin técnicos, sin suficientes educadores preparados para formar las nuevas generaciones que han de construir el socialismo, rodeado de países hostiles, se levantó un gigante en todos los órdenes de la vida social y que, apenas en dos décadas, logra ocupar un sitio de vanguardia en el mundo. Al llegar a este punto estalla la segunda guerra mundial, preparada por los fascistas alemanes en el poder y dirigida principalmente contra la Unión Soviética, que fue invadida por los ejércitos de Adolfo Hitler. ¡Veinte millones de muertos; miles de ciudades y aldeas destruidas; desquiciamiento de la economía nacional, paralización de la edificación del socialismo! Pero sin este sacrificio inmenso del pueblo soviético el rumbo de la historia habría cambiado en perjuicio de toda la humanidad.

Concluida la guerra —la gran guerra patria—, principia la tercera etapa de la construcción del socialismo en la Unión Soviética. Los informes del comité central a los congresos del partido y las resoluciones que éste adopta, son documentos de extraordinario valor teórico, táctico y programático, y de crítica y autocrítica que limpian de obstáculos la marcha hacia adelante. Sabiduría, devoción, firmeza inquebrantable en la construcción no sólo de una nueva sociedad —la sociedad socialista, que se encuentra ya en los umbrales del comunismo—, sino también de una humanidad de tipo nuevo. La revolución socialista de 1917 abrió una nueva perspectiva. La Unión Soviética de 1967, en unos cuantos años útiles —descontando los de la guerra civil y los de la segunda guerra mundial—, se convierte en el país avanzado del planeta en muchos aspectos de la vida social, en fuerza poderosa que mantiene la paz y el núcleo de los pueblos que construyen el socialismo desde el centro de Europa hasta Corea.

He recordado de un modo prolijo el proceso de la primera revolución socialista, para que los jóvenes que quieren el

advenimiento del socialismo en México vean con claridad algunas cosas de gran importancia: que sin teoría revolucionaria no puede haber acción revolucionaria; que sin un partido de la clase obrera que aplique a la realidad concreta de su país el socialismo científico, nada trascendental ni permanente puede hacerse; que la realidad, en cualquier momento en que se la considere, tiene hondas raíces en el pasado y que es indispensable conocer a fondo; que sin planes generales y concretos para la construcción del régimen socialista no se alcanzan las metas deseadas; que sin una línea táctica correcta, el desarrollo progresivo se frustra o se detiene; que es menester valorizar con exactitud la correlación de las fuerzas políticas domésticas y las del escenario internacional para calcular la acción y coronarla con éxitos y no con derrotas.

Los partidos revolucionarios de la Europa central y sudoriental que encabezaron la lucha contra las fuerzas del fascismo alemán que habían invadido el territorio de su patria durante la guerra, llegaron al poder al concluir el conflicto. ¿Qué camino siguieron? ¿El de los bolcheviques de Rusia? No, el suyo propio, porque la formación histórica de su país, su estructura material y social, el grado de su desarrollo, y otros factores, eran distintos. Tomaron el poder de un modo pacífico. No fue sólo el partido de la clase obrera, sino éste y otros integrados por la pequeña y mediana burguesía que existían desde tiempo atrás, y aceptaron la dirección del partido del proletariado; en algunos casos se unificaron socialistas y comunistas y formaron un nuevo partido. El sistema de gobierno que adoptaron fue la democracia popular, forma peculiar de la dictadura de la clase obrera en las condiciones en que se hallaban, y comenzaron a actuar para iniciar la edificación del socialismo en el futuro inmediato; pero con medidas previas que aconsejaban la realidad de aquel momento. En suma, crearon una nueva vía

para liquidar el pasado y levantar el sistema de producción socialista.

Pero no sólo tratándose del socialismo cada pueblo y sus fuerzas de vanguardia han procedido de acuerdo con los datos de su evolución y su vida presente al proponerse un salto histórico, y cuando esto no ha ocurrido sólo han cosechado éxitos parciales, que después desaparecen. A este respecto es útil recordar, a título de ejemplo, el caso de la juventud peruana progresista encabezada por Víctor Haya de la Torre, que entusiasmado por la revolución mexicana, que él conoció cuando salía victoriosa de la guerra civil, quiso imitarla fundando el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que tuvo un éxito limitado y efímero no sólo por la confusión ideológica de su fundador y su falta de firmeza antimperialista, sino porque las condiciones objetivas y subjetivas del pueblo peruano no eran las del pueblo mexicano.

Ante todo, es necesario esclarecer una cuestión importante. ¿Ha envejecido el marxismo? ¿Ha llegado la hora de renovarlo? ¿Para qué seguir dando valor a una serie de principios que fueron justos en su tiempo; pero que hoy, en un mundo distinto al de hace medio siglo, no corresponden ya a la realidad viva? Estas interrogaciones parten de quienes quieren la acción práctica sin teoría y, para justificar su actitud, enjuician al marxismo.

Vayamos al fondo del problema. ¿Es cierta todavía la teoría marxista sobre la materia y el movimiento? Si es válida hay que aceptar sus consecuencias: el carácter transitorio del capitalismo y de su última fase, el imperialismo; la lucha de clases; el paso del capitalismo al socialismo; el papel que desempeña el partido de la clase obrera en ese salto de lo cuantitativo a lo cualitativo, y la dictadura del proletariado.

El marxismo es una doctrina sobre la naturaleza, el mundo y la vida articulada como una sola pieza. No se puede aceptar o rechazar en parte. Si se adoptan sus postulados filosóficos, hay que acoger sus proyecciones sobre la comunidad humana. Si su concepción materialista de la historia es correcta, lo aconsejable para la acción práctica es examinar el régimen de producción y las relaciones de producción que prevalecen, las condiciones objetivas y subjetivas que existen, es decir, la imposibilidad de resolver, como no sea mediante la revolución, el grado que tienen las contradicciones entre el nivel alcanzado por la plusvalía y la forma en que se distribuye la riqueza entre las distintas clases sociales.

Lenin, como lo he recordado, pasó gran parte de su vida, y así lo hicieron Marx y Engels, estudiando el proceso de las ideas filosóficas y de las causas de los cambios sociales en los distintos períodos históricos y en determinados países. Su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, a pesar de que fue hecha en condiciones de grandes apremios políticos, así como otros de sus trabajos teóricos y tácticos, le sirvieron para preparar el derrocamiento de los zares y transformar la revolución democrática en revolución socialista.

Porque si los grandes cambios sociales se pudieran realizar a voluntad de quienes los desean o se los proponen, la historia de la humanidad sería otra, lo mismo que la de cada pueblo. A veces existen condiciones objetivas para el cambio; pero no subjetivas, o al revés: las condiciones subjetivas son propicias; pero no las objetivas. Para que el cambio se produzca deben coincidir unas y otras y contar con una dirección capaz para llevar al triunfo el movimiento. Hay la creencia vulgar de que la política es semejante al ajedrez, que sólo requiere meditación, agilidad y decisión para mover las piezas que lo componen; pero las cosas humanas no son así: los juegos, por ingeniosos

que sean, son simulaciones de la lucha real que debe tomar en cuenta muchos factores para llegar a la victoria.

Una de las leyes del materialismo histórico es la del desarrollo desigual de los pueblos, porque no todos se encuentran en el mismo estadio de evolución. Los hombres pueden acelerar el ritmo del proceso social creando las premisas, las condiciones para alcanzar las metas propuestas; pero no pueden lograrlas por la simple proyección de su conciencia sobre el exterior. El conocimiento de las leyes que lo rigen y su utilización adecuada, contribuyen a los alumbramientos normales de la sociedad, aunque a veces sean dramáticos. De otra suerte, en vez de partos previstos y esperados sólo provocarían abortos con las consecuencias que las crisis artificiales acarrearán.

Cuando los insurgentes, encabezados por el cura Miguel Hidalgo y Costilla, se lanzaron a la lucha por la independencia de la nación mexicana, conocían bien el estado en que se hallaba el desarrollo económico, social y político del país. Gentes ilustradas como eran, habían examinado las causas de la revolución de 1776 en la América del Norte, y leído y comentado muchas veces las obras de los grandes teóricos de la revolución francesa de 1789. Pero los problemas de la patria constituían su única preocupación. Para resolverlos contaban con materiales excelentes, desde las Instrucciones Reservadas de los últimos virreyes, como las de Revillagigedo de 1794, de extraordinario valor, hasta las observaciones del barón Alejandro de Humboldt, que empezaron a difundirse poco tiempo después de su llegada a México en 1803 y que se convertirían en guías, redactadas con método científico, para intentar la transformación de la Nueva España en un país de tipo moderno. Los caudillos de la independencia no se lanzaron a la lucha de un modo irreflexivo. Utilizaron los profundos antagonismos que existían entre las clases sociales, pusieron de

relieve las causas de la miseria y de la opresión imperante, lograron formar un gran frente nacional señalando los objetivos inmediatos y futuros que se debían perseguir.

Pero si en 1810 las condiciones eran propicias para la revolución de independencia, no lo eran en 1833 para el paso siguiente. Valentín Gómez Farías, el padre de la Reforma, inicia ésta al asumir la jefatura del gobierno de un modo circunstancial. El sector que él encabezaba era una clase subjetivamente avanzada; pero las condiciones objetivas del país eran adversas, y fracasó. Fue menester esperar algunos años para que la correlación de las fuerzas sociales cambiara y la lucha reformista se transformara en un movimiento de las grandes masas populares.

La revolución democrática, antifeudal, antiesclavista y antimperialista iniciada en la primera década de nuestro siglo, que llamamos comúnmente revolución mexicana, estalló como los dos grandes movimientos anteriores —la revolución de independencia y la revolución de Reforma—: por la contradicción insalvable por la vía pacífica entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En 1910 nuestro país, desde el punto de vista económico, era una colonia del capital extranjero: los ferrocarriles, el petróleo, la electricidad, las minas de metales preciosos y de metales industriales, muchas de las mejores tierras laborables pertenecían a empresas norteamericanas; a compañías británicas parte del petróleo y de la electricidad entre otros negocios; la industria textil a los franceses, y a los españoles que habían acaparado la fabricación, aunque con métodos artesanales, de los productos alimenticios; los bancos particulares, fundados por extranjeros con capitales del exterior, tenían la concesión de expedir el papel moneda. El mercado doméstico y el comercio exterior estaban dominados también por capitales extranjeros.

Pero el obstáculo mayor para el desarrollo de México lo representaba la concentración de la tierra en manos de una minoría. El sistema de las haciendas, no trabajadas sino en una mínima parte de su extensión, y la falta de caminos, habían creado una serie de mercados regionales que hacían imposible la formación de un gran mercado nacional. Este hecho, unido al régimen del trabajo forzado que existía en todas las haciendas, con peones equiparables a los antiguos esclavos, retribuidos con alimentos y ropas en cantidad calculada para que no sucumbieran y continuaran trabajando y sin derecho a salir de la hacienda, habían creado antagonismos profundos entre la población económicamente activa —peones, aparceros, rancheros e industriales progresistas y otros sectores de la burguesía moderna— y los propietarios de los latifundios.

Si a todo eso se agrega el analfabetismo de la absoluta mayoría del pueblo, la gran mortalidad infantil, el bajísimo promedio de la duración de la vida, la insalubridad reinante, la falta de partidos políticos, de sindicatos obreros, de leyes protectoras del trabajo y de prensa independiente, el cuadro queda completo en sus rasgos esenciales. La oposición al gobierno tiránico de Porfirio Díaz había hecho estudios valiosos sobre la situación, a los que siguieron las proclamas, los manifiestos y los planes revolucionarios. Como en el pasado, cuando la coyuntura, la oportunidad fuera propicia, la revolución brotaría como un incendio incontenible, y así ocurrió.

Por eso en política hay que distinguir entre oportunidad y oportunismo. Éste es el acomodo a circunstancias que no se ha contribuido a crear y que prescinde de los principios fundamentales, en tanto que la oportunidad es la coyuntura propicia para la acción de acuerdo con las ideas y los planes formulados de antemano. En otros términos: la teoría es uno de los prerequisites para la lucha eficaz y ésta es la praxis de la

doctrina revolucionaria aplicada a la realidad concreta en un momento del desarrollo histórico.

Los ejemplos señalados demuestran que una revolución, que como fenómeno político es la substitución de la clase social que se halla en el poder por una clase más avanzada, no se debe al acaso ni es una aventura. Menos todavía la imitación de la experiencia ajena. Es cierto que el mundo de hoy, entre otras de sus características, se distingue del panorama que presentaba antes de la segunda guerra mundial, por la rebelión de los pueblos de África y Asia que han venido luchando por su independencia nacional, y por la movilización de los pueblos que se encuentran en desarrollo por llegar lo más pronto posible a su independencia económica. Entre estos están los de la América Latina. ¿Por qué ha sido un acontecimiento simultáneo el de los pueblos coloniales? Porque maduraron al mismo tiempo como naciones: forman, cada uno de ellos, una comunidad de territorio, una comunidad económica, una comunidad sicológica, una comunidad cultural que se expresa a través de un idioma colectivo o predominante, y aspiran a un gobierno propio, sin la intervención extranjera, haciendo uso de su soberanía. La finalidad que persiguen es la misma; pero el modo para lograrla tiene en cada uno de ellos su sello particular, que depende de su formación histórica, de su situación geográfica, de los recursos físicos, de su producción económica, y de otros factores.

¿Por qué también en la América Latina el movimiento popular por la independencia económica es un hecho colectivo, desde México hasta los países del sur? Porque, así como la revolución de independencia se produjo al mismo tiempo en las primeras décadas del siglo XIX, desde la Nueva España hasta las provincias del Río de la Plata, debido a que en la última mitad del siglo XVIII ya eran naciones formadas, hoy su estructura

económica requiere en todas partes reformas profundas y urgentes, sin las cuales su desarrollo se estanca y hace imposible la satisfacción de las necesidades fundamentales de las mayorías.

La América Latina vive actualmente en un estado prerrevolucionario. O se liquida el latifundismo, lo mismo el de la época colonial que el moderno, y se entrega la tierra a los campesinos; se nacionalizan los recursos naturales; se crean las empresas del Estado para controlar todas las ramas de la industria básica y los servicios públicos más importantes; se impulsan y se protegen las industrias propiedad de los nacionales; se diversifica la producción y se pasa de la exportación de materias primas a la de manufacturas; se amplía el mercado exterior sin discriminaciones de ningún tipo; se canaliza obligatoriamente el crédito público y privado hacia la agricultura y la industria; se organiza el control de cambios; se establecen condiciones para las inversiones extranjeras directas; se contraen préstamos del exterior para el desarrollo de las fuerzas productivas y de acuerdo con la capacidad de pago del país y sin compromisos políticos; se suprimen los gastos militares excesivos o extravagantes para que las fuerzas armadas dejen de ser una amenaza pública, y se revisa el orden jurídico para ampliar el sistema democrático y hacer respetar los derechos humanos; o la lucha por la independencia económica se transformará en poco tiempo en una serie de convulsiones sociales que nadie podrá encauzar.

Muchas veces se me ha preguntado si inevitablemente se debe llegar al socialismo por la vía de la guerra civil, y he contestado que no puede haber una regla general para todos los pueblos del mundo y sus partidos de vanguardia. Cada caso depende de muchos factores que no se parecen a las copias de un documento. El Partido Comunista Italiano, por ejemplo, hace

ya algunos años ha formulado su “Vía italiana hacia el socialismo”, vía pacífica, porque es un gran partido de masas que crece sin cesar, cuenta con fuertes aliados posibles y los planes que ha formulado para el desarrollo nacional son los únicos que pueden resolver satisfactoriamente los problemas fundamentales de Italia. Su lucha diaria al frente del pueblo, junto con la de sus aliados, puede convertirse, en un momento dado, en el control del parlamento en el que radica la facultad de designar al gobierno, que se apoyaría en la movilización enérgica y entusiasta de las masas, desplazando a las fuerzas conservadoras del poder. El Partido Comunista Francés, el otro gran partido de la clase obrera de Europa, después de la reciente victoria electoral que logró con sus aliados, contra el gobierno personal del general De Gaulle, tiene enfrente también la posibilidad de pasar al socialismo, en pocos años, sin guerra civil. La correlación de las fuerzas sociales lo decide todo y, por supuesto, la resistencia de los enemigos del progreso.

Para los pueblos que acaban de lograr su independencia política y para los que se encuentran ya en desarrollo, como los de la América Latina y algunos de Asia y África, hay un hecho muy importante que debe tomarse en cuenta: el camino que siguió la burguesía revolucionaria para instaurar el régimen capitalista, barriendo del poder a las clases sociales que lo detentaron durante los siglos del feudalismo, les está vedado. En la época del imperialismo en que vivimos, que desnaturalizó la evolución normal de los países atrasados, que ha hecho casi imposible la formación de su capital nacional, que ha levantado muy grandes impedimentos a su industrialización, la única salida que esos países tienen para independizarse en el terreno económico y social es la del nacionalismo revolucionario, que

no es el capitalismo que podría llamarse clásico ni es aún el socialismo; pero que a él conduce.

Los gobiernos que surjan del nacionalismo revolucionario, que puede establecerse pacíficamente o por medio de la violencia, pasarán por un período de transición, el de las reformas ya apuntadas, cada uno de acuerdo con sus posibilidades materiales y humanas. El problema consiste en que las fuerzas progresistas y el partido de la clase obrera conozcan el grado de evolución, en todos sus aspectos, en que se encuentra su país, y en que sepan hallar el camino propio para su movimiento revolucionario, pacífico o violento. Porque, aunque todas las naciones latinoamericanas son semidependientes de los monopolios imperialistas, hay grandes diferencias entre ellas que la ley del desarrollo desigual explica. Aun entre países vecinos la situación varía, a tal punto que existe entre algunos por lo menos un siglo de diferencia en su proceso histórico.

Afirmar que para todos los partidos o las fuerzas revolucionarias que tratan de llegar al socialismo, el modelo es la revolución socialista que estalló en Rusia en 1917, es asumir una actitud antidialéctica que contradice las leyes del materialismo histórico. Lo mismo que decir que el modelo es el de las revoluciones que establecieron las democracias populares en Europa, el de la revolución china o el de la revolución cubana. Por semejantes que los pueblos sean y coincidan en sus propósitos, en cada uno de ellos la estrategia y la táctica a seguir debe dictarla su pasado y su presente. De ahí el acierto de la frase de que la revolución ni se exporta ni se importa.

Lo mismo sucede con la construcción del socialismo y con los ajustes necesarios en el curso de la creación del nuevo régimen. Tratándose, por ejemplo, de la tenencia de la tierra y de su explotación, tanto en la Unión Soviética como en las

democracias populares de Europa y en China, han tenido que hacerse constantes ensayos de organización y de aplicación de la técnica para ir transformando las relaciones sociales del pasado y los métodos del trabajo. También respecto del desarrollo de la agricultura concomitante al de la industria. Y lo mismo en cuanto a los métodos de producción y al funcionamiento de los órganos del Estado. A veces se oye decir que tales o cuales medidas se apartan del socialismo; pero para juzgarlas basta con saber si tienden a restablecer la propiedad privada de los medios de producción, que es la clave del sistema socialista. Si esto no ocurre, como no ha sucedido en ningún país de los que forman el mundo socialista, se trata sólo de perfeccionar el sistema social ya establecido, y no de volver al pasado.

En México se produjo entre 1910 y 1917 una revolución que costó a nuestro pueblo más de un millón de muertos y la destrucción de sus principales bienes de sustento. No podía haber sido una revolución socialista, entre otras razones porque la burguesía y el proletariado eran clases sociales en embrión, y las contradicciones interimperialistas no habían alcanzado todavía el grado que hoy tienen. Pero fue un movimiento trascendental que ha conducido a nuestro país por la vía del nacionalismo revolucionario, alejado del capitalismo clásico y que constituye una base para la democracia popular y para el socialismo del futuro. Por eso afirmamos que por el camino de la revolución mexicana llegaremos al socialismo, y no por otro.

La vía a seguir, la estrategia y la táctica dependen, fundamentalmente, de factores locales. Si en algún país la lucha armada es la aconsejable, porque todos los caminos no violentos se han cerrado, las fuerzas revolucionarias la pondrán en práctica sin duda. Si en otro es la lucha de las masas populares dirigidas por el partido de la clase obrera y sus

aliados es la que conviene, esa es la que hay que emprender o proseguir. Si en otro lo más eficaz es la combinación de la lucha parlamentaria con la lucha de masas, ésta es la ruta. Si en el curso del combate político la experiencia indica que la estrategia y la táctica deben variar, hay que modificarlas. Nada a priori y nada rígido, nada dogmático ni sectario, y menos aún la conducta que dicta la autosuficiencia y el engaño voluntario, como el que confía en los milagros.

En nuestra época los pueblos coloniales y semicoloniales ya no son reservas del imperialismo, como lo fueron hasta antes de la segunda guerra mundial, sino reservas de las revoluciones proletarias. Lo importante es saberlos dirigir, preparar a su vanguardia ideológicamente y educar políticamente a las masas trabajadoras. Crear y organizar al partido de la clase obrera, porque sin su concurso, antes o inmediatamente después de la revolución, ni el nacionalismo revolucionario, ni la democracia popular, ni el socialismo pueden edificarse.

Ante la complejidad de los problemas que caracterizan el desarrollo actual, económico, social y político de nuestro país, y la confusión que crean sus enemigos de adentro y de afuera, algunos jóvenes caen en el nihilismo ideológico o práctico. Y creen que sólo la juventud puede salvar a México; que para éste gran objetivo la clase trabajadora no cuenta; que el partido de la clase obrera no es necesario; que la filosofía del materialismo dialéctico y la doctrina del materialismo histórico son únicamente adornos de la cultura, y que ha llegado el momento de hacer una verdadera revolución para instaurar el socialismo, que construirá la burguesía intelectual, a la que pertenecen la mayoría de los estudiantes, que no se han corrompido y tienen alicientos para emprender esa gran tarea.

¡Cuánta ignorancia e ingenuidad campean en ese discurso! El deber revolucionario de los estudiantes es estudiar, adquirir una sólida cultura, la producida durante siglos, como aconsejaba Lenin a los jóvenes rusos impacientes, que apenas iniciado el gobierno de los soviets ya querían que se formara la cultura socialista por decreto. Prepararse para el porvenir ligándose al partido de la clase obrera, porque será éste y no la pequeña o la burguesía media el que construya el socialismo.

¿Qué debe entenderse por partido de la clase obrera? ¿El nombre que lleva? ¿Su composición social? ¿El lenguaje que utiliza? ¿Sus relaciones internacionales? Lo único que define a un partido político es su carácter de instrumento de cualquiera de las clases sociales, independientemente del nombre que tenga, de su autocalificación y de otros de sus aspectos formales. Porque hay partidos integrados casi exclusivamente por campesinos, con sólo una minoría de artesanos e intelectuales, como ocurre en países agrarios que no han comenzado su industrialización y, sin embargo, pueden llamarse legítimamente socialistas o comunistas, si adoptan la filosofía del materialismo dialéctico, luchan por el desarrollo de su país en todos los órdenes de la vida nacional, por elevar el nivel de vida del pueblo, por la democracia —la democracia burguesa, que es un indudable adelanto en donde nunca ha existido— y se proponen llegar al socialismo en el futuro, creando las condiciones previas para dar el salto histórico.

Un partido de la clase obrera —con la connotación correcta del término— debe ser la vanguardia del proletariado y del pueblo. Pero la vanguardia no la da el nombre del partido. Hay que ganarla, y que los trabajadores la reconozcan, porque hay partidos que pasan años gritando que son la vanguardia y nadie escucha su voz.

En esta hora la cuestión más difícil de precisar es la de la estrategia para enfrentarse al imperialismo y dirigir la lucha por el advenimiento o por la construcción de la sociedad socialista. Porque, ¿qué es lo que divide, por ejemplo, a China y a la Unión Soviética? ¿Los principios del materialismo dialéctico? No. Sus partidos se guían por ellos. ¿Las leyes del materialismo histórico? Tampoco. Sus partidos las adoptaron desde un principio. El problema radica en la aplicación, en la praxis del materialismo histórico a su país y al panorama internacional. Cuando los adoradores de Mao Tse-tung lo proclaman como “gran maestro, gran líder, gran mando supremo y gran timonel”, no sólo de China, sino de los trabajadores del planeta, caen en el ridículo, transforman el marxismo en liturgia de un nacionalismo chovinista y menosprecian la enorme contribución que no sólo el Partido Comunista de la Unión Soviética ha dado a la clase obrera internacional, sino la de los demás partidos que luchan por el socialismo, desde los más viejos y fogueados hasta los más recientes y pequeños.

El marxismo es único. Lo que ha cambiado no es la ciencia que encierra, sino su aplicación a la realidad histórica siempre en movimiento. Cuando la aplicación es correcta, el marxismo se enriquece, porque se comprueba la validez de sus postulados. Ni Marx ni Engels, que vivieron y lucharon en la época ascensional del capitalismo, pudieron prever las características del imperialismo, la última fase del régimen capitalista. La otra trascendental de Lenin consistió en la aplicación genial del socialismo científico en la etapa del imperialismo que le tocó vivir. Pero no concluyó con Lenin la doctrina del marxismo, que seguirá siendo la teoría revolucionaria para la acción revolucionaria de la clase obrera. Creer que sólo dos o tres grandes figuras de la historia contemporánea han hecho avanzar el socialismo y que a ellas hay que acudir

invariablemente para resolver los problemas nuevos, y que es necesario consultar sus obras como si fueran libros santos de sectas religiosas, revela complejo de inferioridad, que también impulsa a los que se creen enviados por el destino para salvar al género humano. Por eso creerse el único heredero directo y fiel de Marx, Engels y Lenin, como lo hace Mao Tse-tung, “cuyas obras estremecen al mundo”, cuando nada original han agregado a lo sustancial del materialismo dialéctico y del materialismo histórico, es un ejemplo notorio de lo que puede ser el antimarxismo.

¿Cómo aplicar los principios del socialismo científico en un estadio del proceso histórico de un país? Conociendo a fondo la etapa en que se halla, el desarrollo de sus fuerzas productivas y el carácter de las relaciones de producción, el régimen de la propiedad, el grado de concentración del capital y de centralización de la economía, las relaciones del Estado con las diversas clases sociales, la influencia de los partidos políticos sobre la clase trabajadora y las masas populares, el panorama internacional y los problemas que se derivan de la situación. En otros términos: manejar la política como es, como una ciencia.

También se aplican los principios del socialismo discutiéndolos públicamente, provocando la batalla de las ideas, porque cuando éstas penetran en el cerebro del hombre se convierten en fuerzas superiores a los instrumentos materiales, lo mismo a los constructivos que a los destructivos. Alguna vez dije que el que gane la batalla de las ideas ganará el poder, y eso es cierto, porque son las ideas las que conducen a la sociedad humana en sus problemas cotidianos y en el combate por sus objetivos próximos y remotos. Hay millones de hombres desorientados que ingieren constantemente el veneno de la mentira y de la calumnia por su ignorancia. Esclarecer la verdad, descubrir a los enemigos del progreso y a los falsos revolucionarios,

contribuye a limpiar el camino que conduce al mundo nuevo. Las masas del pueblo constituyen el impulso que transforma la vida social. De ellas surgen quienes han de dirigir las, porque sin su concurso se exponen a graves derrotas; pero confiar en la espontaneidad de las masas para encontrar el camino que deben recorrer y limitarse a seguir las, es renunciar a ser los guías del futuro.

Por tal razón, este mensaje se limita a considerar la política como ciencia y a los políticos como hombres de ciencia, es decir, a los que aspiran a construir la sociedad socialista y preparan su advenimiento desde el punto de vista teórico y práctico, sabiendo qué es lo que deben hacer en cada momento de la lucha. Los otros, los que se dedican a la política de un modo esporádico, o los que quieren hacer carrera empleando todos los medios posibles, como los que ejercen una profesión sin haber pasado por la escuela, no han sido objeto de mis reflexiones. Pertenecen a los mercaderes que nunca han contribuido a hacer la historia.

No sólo al partido de la clase obrera, sino a todos los revolucionarios, pero especialmente a los jóvenes que estudian y que en pocos años se encontrarán al frente de los destinos de nuestra patria, dentro o fuera de los órganos del Estado, toca precisar las leyes que hicieron posible el paso de México de país agrario primitivo y exportador de materias primas, que era hace medio siglo, a país agrícola industrial, y descubrir y aplicar con sabiduría y decisión las leyes del nacionalismo revolucionario, y de la etapa de transición que conduce al socialismo.

Nuestra experiencia es rica. La revolución mexicana no se ha examinado profundamente todavía. Contiene ideas e instituciones que no han sido aprovechadas ni aplicadas con decisión y que forman parte de la estructura política y jurídica

de nuestro país. Ha creado organismos dentro del proceso de la nacionalización de la economía y se ha señalado nuevas metas que lo harán más vigoroso, rompiendo el equilibrio entre los intereses nacionales y los del exterior en favor de nuestro pueblo. Si las fuerzas avanzadas actúan juntas ante cuestiones concretas, sin sectarismo, con los pies firmes sobre la tierra en que viven y la mente puesta en el futuro, sin imitación extralógica de lo ajeno; pero sin chovinismo aldeano, sin desprestigiar el internacionalismo proletario, que es información recíproca, intercambio de experiencias, y estímulo y ayuda a los que luchan por los mismos ideales, la revolución mexicana conducirá a nuestro pueblo al estadio superior del desarrollo histórico que es el régimen social en el que ya no existe la explotación del hombre por el hombre.

México, D. F., a 30 de agosto de 1967

## **BIBLIOGRAFÍA**

He considerado útil formular la siguiente bibliografía mínima para el conocimiento del socialismo científico y de la historia de México, con el fin de ahorrarles a muchos jóvenes la pérdida de tiempo en lecturas dispersas, o que carecen del mismo valor, porque algunas pueden ser estudios de carácter general y otras de mérito monográfico que requieren una preparación previa

difícil de lograr en poco tiempo. Las obras que recomiendo son las que se hallan en el comercio o en las bibliotecas públicas.

## I. Bibliografía mínima para el conocimiento del socialismo científico y de la Unión Soviética.

1. Carlos Marx-Federico Engels: Manifiesto del Partido Comunista. (Varias ediciones.) Un texto fiel está incluido en las “Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels”, en dos tomos publicadas por Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951 (Tomo I.)

2. N. Lenin: Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo. (Varias ediciones). Es preferible para este estudio, lo mismo que para todos, utilizar textos dignos de crédito. Sugerimos el que se halla en las “Obras escogidas de Lenin”, en dos tomos, publicado por Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948. (Tomo I.)

3. Federico Engels: Del socialismo utópico al socialismo científico. “Obras escogidas”. (Tomo II)

4. Carlos Marx: Trabajo asalariado y capital. “Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels”. (Tomo I) Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951.

5. Carlos Marx: Salario, precio y ganancia. En la misma obra.

6. Federico Engels: Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels, en dos tomos, publicadas por Ediciones de Lenguas Extranjeras, Moscú, 1951. (Tomo II)

7. Carlos Marx: Prólogo de la “Contribución a la crítica de la economía política”. En la misma obra.

8. Carlos Marx: Resúmenes de El Capital de Carlos Marx. Preparados por Víctor Manuel Gutiérrez G. México, Editorial Veracruz, 1959.
9. José Stalin: Los fundamentos del leninismo. J. V. Stalin. Obras (Tomo 6.) Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1953.
10. N. Lenin: Materialismo y empiriocriticismo. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.
11. N. Lenin: EL imperialismo fase superior del capitalismo. Obras Escogidas. (Tomo i.)
12. N. Lenin: La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo. Obras Escogidas. (Tomo II)
13. Academia de Ciencias de la URSS. Historia de la URSS. Época del socialismo (1917-1957). Traducción de Wenceslao Roces. Editorial Grijalbo, S. A. México, D.F., 1958.
14. Ponomariov y otros: Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960.

## II. bibliografía mínima de obras generales de la historia de México

1. Juan de Dios Arias, Vicente Riva Palacio, José Ma. Vigil, Alfredo Chavero y Julio Zárate: México a través de los siglos. Vols. II, III, IV y V. El volumen I, que trata de las antiguas culturas y la conquista española, ha sido superado.
2. Justo Sierra: Evolución política del pueblo mexicano. Fondo de Cultura Económica. México, 1950. Excelente por su síntesis

de la conquista hasta fines del siglo XIX. El capítulo I, por las indagaciones arqueológicas, ha sido superado.

3. Ignacio Manuel Altamirano: Historia política de México (1821-1882). Colección el liberalismo mexicano en pensamiento y en acción. Empresas Editoriales, s. a., México, 1947.

4. Barocio, Caso, Chávez, De la Cueva, Fernández, Fraga, González Guzmán, Toussaint y otros: México y la cultura. Secretaría de Educación Pública, México, 1946. (Hay una 2a. edición.) Magníficas síntesis, la mayoría de ellas sobre aspectos fundamentales de la cultura en México y las aportaciones de nuestro país a la cultura universal.

5. Miguel León-Portilla, Alfredo Barrera Vázquez, Luis González, Moisés González Navarro y otros: Historia documental de México. 2 volúmenes. UNAM. México, 1964. Buena selección de textos, cronológicamente establecidos. El tomo I contiene algunos documentos de las culturas nahua y maya, traducidos de los Códices Matritense, de la Real Academia, etc.

6. Edmundo O’Gorman: Historia de las divisiones territoriales de México. Editorial Porrúa, México, 1966. (2a. Edición).

7. Ernesto de La Torre Villar: Lecturas históricas mexicanas. Empresas Editoriales, México, 1966. Muy útil su lectura por la selección de textos y el orden cronológico de los mismos.

8. Jesús Silva Herzog: El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Fondo de Cultura Económica, México, 1959. Como no es posible entender la historia de nuestro país sin conocer la lucha por la tierra y la ideología agraria y latifundista, este ensayo auxilia en el estudio de la historia mexicana.

9. Luis Chávez Orozco: Historia de México (1808-1836). Editorial Patria, México, 1947. Una visión panorámica del ascenso de la clase media y las luchas de Reforma.
10. Genaro Estrada y Luis Padilla Nervo: Un siglo de relaciones internacionales de México. Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Secretaría de Relaciones Exteriores. Tomo I, prólogo de G. Estrada, México, 1935. Tomo II, prólogo de L. P. Nervo, México, 1957. Recopilación de los mensajes relativos a la política exterior mexicana. Después de conocer la lucha por la independencia librada por México, como resultado de sus tres revoluciones históricas: 1810, 1857 y 1910, la lectura de estos mensajes corrobora la política de defensa nacional y por el derecho de gentes, de algunos presidentes de la república y, también, la duda, el temor y la política antinacional de otros.
11. Gastón García Cantú: El pensamiento de la reacción mexicana. Una historia documental, muy bien seleccionada, que hace ver la continuidad del pensamiento de los conservadores a través del desarrollo de México, 1810-1962. Empresas Editoriales, s. a. México, 1965.
12. José C. Valadés: Historia general de la revolución mexicana. México, 1913-1965. Se han publicado cinco tomos, hasta el ataque de Francisco Villa a Columbus, EE. UU. De fácil lectura y documentación nutrida, bien asimilada al relato.
13. Pablo González Casanova: La democracia en México. Ediciones Era, s. a. México, 1967. (2a. Edición.) Ensayo de interpretación política de la democracia en nuestro país, apoyada en investigaciones estadísticas. Muy útil para entender no pocos de los problemas actuales de la estructura social y política de México.

14. José Luis Ceceña: El capital monopolista y la economía de México. Cuadernos Americanos, México, 1963. Su lectura es útil para conocer la penetración del capital monopolista norteamericano en México, y también la importancia del gobierno federal en el desarrollo autónomo de nuestro país. Se prepara una segunda edición con datos más actuales.

III. Algunos estudios de Vicente Lombardo Toledano relativos a los temas de este mensaje

1. La batalla de las ideas en nuestro tiempo. Universidad Obrera de México, 1960.

2. Las corrientes filosóficas en la vida de México. Universidad Obrera de México, 1963.

3. Idealismo vs materialismo dialéctico. Caso-Lombardo. Universidad Obrera de México, 1963.

4. La izquierda en la historia de México. Ediciones del Partido Popular Socialista, 1963.

5. ¿Moscú o Pekín? La vía mexicana hacia el socialismo. Ediciones del Partido Popular Socialista, 1963.

6. Teoría y práctica del movimiento sindical mexicano. Talleres Gráficos de la Editorial del Magisterio, México, 1961.

7. Carta a la juventud sobre la revolución mexicana, su origen, desarrollo y perspectivas. Editorial del Magisterio, 1960.

Nota.- Se ha prescindido en esta bibliografía mínima de recomendar obras de consulta común para todo estudioso mexicano, como las de Sahagún —en la reciente versión de

Ángel Ma. Garibay—, Clavijero, Mora, Zavala, Humboldt, etc., porque se cuentan ya con manuales escolares bien escritos, como el de Wigberto Jiménez Moreno, José Miranda y Ma. Teresa Fernández (Editorial Porrúa, S. A.) en el que, además, se ofrece, al fin de cada período una bibliografía para los estudiantes y otra para los profesores. La Biblioteca del Estudiante Universitario UNAM, ha publicado 85 volúmenes, muchos de los cuales son indispensables para conocer la historia general y la historia cultural de México. En este último capítulo, cabe citar los dos tomos de la Antología del Centenario (Justo Sierra, Luis G. Urbina, Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña) y la invitación a la lectura de nuestras letras con un buen repaso de sus mejores páginas, que contiene el volumen Cuatro siglos de literatura mexicana (E. Abreu Gómez, Jesús Zavala, Clemente López Trujillo y Andrés Henestrosa). Editorial Leyenda, México, 1946. (N. de VLT)